ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario • 10 octubre 2021 • www.hoac.es

Me dispongo a la oración con estos textos

> Jesús no puso (ni pone) ninguna «cuota» para apuntarse en su partido. tengan mucho, o tengan poco, a todos les exige lo mismo: que lo dejen TODO.
>
> –**Guillermo Rovirosa**, O.C. T.I., 455

> Un buen acompañante no consiente los fatalismos o la pusilanimidad. Siempre invita a querer curarse, a cargar la camilla, a abrazar la cruz, a dejarlo todo, a salir siempre de nuevo a anunciar el Evangelio.
>
> –*Evangelii gaudium,* 172

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

¿Lo hemos dejado todo? Hoy es bueno comenzar por ver la propia vida. Ver realmente el lugar que el seguimiento de Jesucristo ocupa en mi vida (y no hablamos de tiempo, solo). Ver en qué medida los planes que me hago son los planes de Dios, Reconocer aquellos espacios de nuestra vida donde aún no le dejamos entrar, ni le dejamos sanar.

Seguramente hemos dejado mucho, quizá no todo aún. ¿Qué ataduras me lo impiden?

Desde la humildad con que puedo mirar mi vida, me respondo con sinceridad.

Opuestos

Dios y el dinero.
La ventana y el espejo.
Repicar e ir en la procesión.
Nadar y guardar la ropa.
Predicar sin dar trigo.
Subir y bajar.
Viajar y quedarme.
Seguridad y riesgo.
Evangelio y egoísmo.
Seguirte e ignorarte.
Gratuidad y precio.
Misericordia y cuentas.
Justicia y conveniencia.
Ser juez y parte.
Humildad en pedestales.

Eterna persecución
de opuestos,
absurda trampa
de quererlo todo.

La libertad.
Contigo.
Solo eso.

(José María R. Olaizola, SJ)

Hoy me dice LA PALABRA...

Mc 10, 17-30. Lo hemos dejado todo y te hemos seguido.

Cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?». Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre». Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud». Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme». A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico.

Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!». Los discípulos quedaron sorprendidos de estas palabras. Pero Jesús añadió: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios». Ellos se espantaron y comentaban: «Entonces, ¿quién puede salvarse?». Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo». Pedro se puso a decirle: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Jesús dijo: «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más –casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones– y en la edad futura, vida eterna.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

«¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!». Conocemos el episodio del joven rico que nos narra hoy el Evangelio. Lo hemos meditado muchas veces, seguro. Y tenemos hecha nuestra interpretación del texto a la que acudimos nada más empezar a oírlo. Solemos entenderlo como la necesidad de renunciar «a las riquezas», entendida no solo como el dinero o lo material, para poder seguir a Jesús. Rovirosa habla de poner a Cristo en el centro de nuestra vida, de descentrarnos, de convertirnos al mandamiento nuevo del Amor, que se construye con la pobreza, la humildad y el sacrificio, de renunciar al amor propio para abrirnos al amor a Cristo en el prójimo.

Siempre hemos podido entenderlo –como lo entendían los discípulos– como una condición, como algo que hemos de hacer antes de empezar el seguimiento de Jesús. Y, entonces, quizá aparecen las humanas justificaciones para convencernos de que realmente lo que pide Jesús es imposible. ¿Quién es realmente capaz de renunciar así?

Para entender el texto –y para orientar nuestra vida desde él– no hemos de interpretar la pobreza y la renuncia como si fuera un mandamiento más de Jesús, una condición previa, sino que hemos de fijarnos en la clave del seguimiento: un seguimiento que nos va identificando con Jesús de tal manera que –con la ayuda de Dios, con la fuerza del Espíritu– nos va situando en su misma manera de sentir, de pensar, de modo que las renuncias pueden vivirse como liberación, como entrada en el proyecto de Dios.

Así, la pobreza no es condición del seguimiento sino consecuencia de este. A medida que nos vamos configurando con Jesús vamos haciéndonos pobres como Él. A medida que crecemos en la experiencia de la amorosa presencia de Dios en nuestra vida descubrimos cuánto de innecesario para vivir ese amor hay aún en nuestra vida, y cuánto nos merece la pena irnos despojando de esa carga. Nuestra vida cristiana es un camino de despojamiento progresivo, hasta quedarnos, como decía Rovirosa, con la única cosa de valor altísimo: Jesucristo. Esto es, sobre todo, un don de Dios.

Pero hemos de poner nuestra parte: nuestro deseo de irnos dejarnos convertir y transformar por el seguimiento, por el encuentro con Jesús, por el encuentro con los pobres del mundo obrero. Y hemos de abrirnos al proyecto del reino, a la vida compartida, ofrecida y acogida. Lo que Dios puede hacer es cambiar nuestro corazón, abrirnos al don, a la gratuidad, a la comunión, al compartir, al empobrecernos, para que otros tengan vida. Dios puede hacernos discípulos, hacernos seguidores, si le permitimos amarnos.

El horizonte de una vida así no es la carencia, sino la plenitud: *en este tiempo, cien veces más –casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones– y en la edad futura, vida eterna.* El horizonte es el de una comunidad fraterna y servicial, de hijos e hijas de un mismo Padre. Si hemos de abandonar la riqueza de la que nos habla Jesús es porque impide este proyecto de fraternidad que nos iguala, porque la lógica del Reino es la del compartir.

La comunión de los propios bienes es la raíz de la pobreza evangélica. El Pobre cristiano es el que comunica sus propios bienes a otros que los necesitan o los desean; y no consiste tanto en dar como en compartir. la fracción del pan es su símbolo perfecto. El «espíritu de pobreza» manifiesta el amor cristiano en el com-padecer (padecer con), y conduce necesariamente a anteponer las necesidades y los deseos de los que se ama a los propios deseos y a las propias necesidades (Rovirosa).

Mi proyecto de vida solo puede ser un proyecto de seguimiento si voy acogiendo esa condición vital que Jesús me propone. ¿Cómo puedo crecer en seguimiento? ¿Cómo se va reflejando el seguimiento en ir haciéndome pobre?

Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Caminaré

Caminaré siempre en tu presencia
por el camino de la vida.
Te entrego, Señor, mi vida,
hazla fecunda.
Te entrego mi voluntad,
hazla idéntica a la tuya.
Caminaré a pie descalzo,
con el único gozo
de saber que eres mi tesoro.

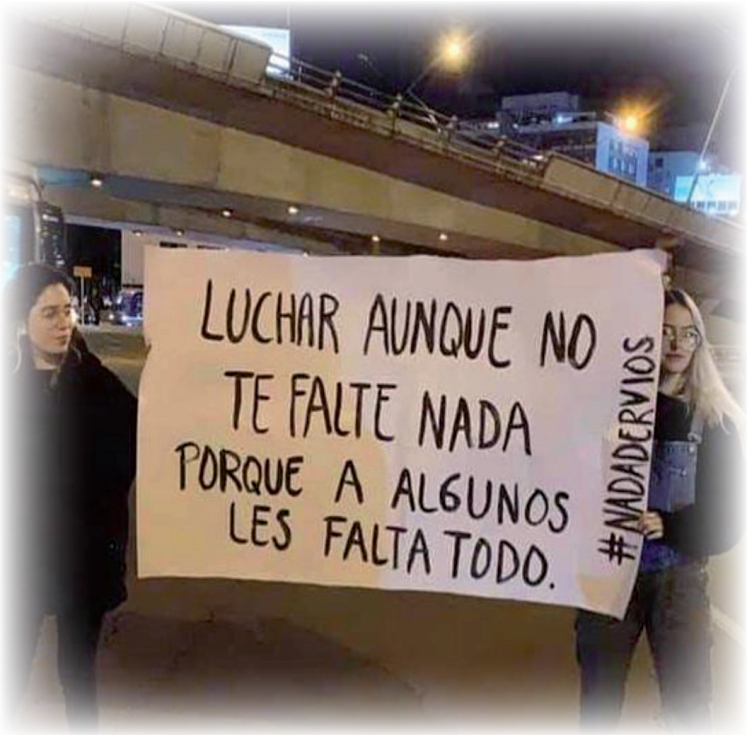
Toma mis manos, hazlas acogedoras
Toma mi corazón, hazlo ardiente.
Toma mis pies, hazlos incansables.
Toma mis ojos, hazlos transparentes.
Toma mis horas grises, hazlas novedad.

Hazte compañero inseparable
de mis caídas y tribulaciones.
Y enséñame a gozar en el camino
de las pequeñas cosas que me regalas,
sabiendo siempre ir más allá
sin quedarme en las cunetas de los caminos.

Toma mis cansancios, hazlos tuyos.
Toma mis veredas, hazlas tu camino.
Toma mis mentiras, hazlas verdad.
Toma mis muertes, hazlas vida.
Toma mi pobreza, hazla tu riqueza.
Toma mi obediencia, hazla tu gozo.
Toma mi nada, haz lo que quieras.
Toma mi familia, hazla tuya.
Toma mis pecados,
toma mis faltas de amor,
mis eternas omisiones,
mis permanentes desilusiones,
mis horas de amarguras.

Camina, Señor, conmigo;
Acércate a mis pisadas.
Hazme nuevo en la donación,
alegría en la entrega
gozo desbordante al dar la vida,
al gastarse en tu servicio.

Amén



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos,
todo el día, nuestro trabajo,
nuestras luchas,

nuestras alegrías y nuestras penas…

Que tu Reino sea un hecho, en las fábricas, en los talleres, en las minas, en los campos, en la mar, en las escuelas, en los despachos… y en nuestras casas.

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.